



La maldición de la medusa gigante



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

La cita de la p. 354 procede de James Montgomery, *Friendship, Love and Truth*.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Drachenreiter – Der Fluch der Aurelia*

En cubierta: ilustración de © Miranda LLC, 2021

Diseño de la colección: Gloria Gauger

© Del texto y las ilustraciones, Cornelia Funke, 2021

© De la traducción, María Falcón Quintana

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-76-0

Depósito legal: M-3.777-2024

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

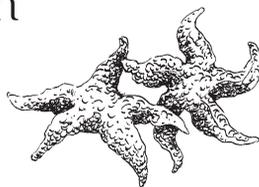
Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Cornelia Funke



La maldición
de la medusa
gigante

Una nueva aventura de
El jinete
del dragón



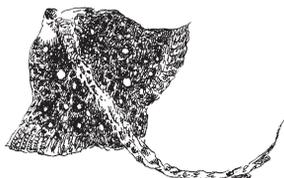
Con ilustraciones de la autora

Traducción del alemán de
María Falcón Quintana

 Siruela

Biblioteca Funke

*Para Danny y Kat,
Laurel y Larry,
la auténtica Mary
y el auténtico Alfonso;
en agradecimiento por haberme mostrado
el auténtico Malibú*

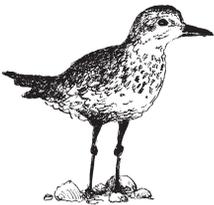


Índice

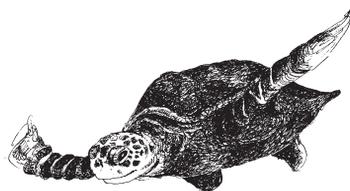


1. Una flor de plumas 13
2. Sobre las nubes 24
3. Demasiado bueno para ser verdad 30
4. ¿Qué podría ser más importante? 38
5. Padres 49
6. Hermanos 55
7. Esclavizado 74
8. La otra jinete del dragón 77
9. En lo profundo profundo del mar 81
10. El tramo equivocado de costa 94
11. Sobre el mar 103
12. Una sombra del pasado 113
13. La canción de las profundidades 117
14. Encuentros en la playa 122
15. El despertar 136
16. Una solución más duradera 141
17. La montaña de Mary 146
18. Solo a él 158
19. ¿Demasiado tarde? 163

20. ¿Se atrevería? 172
21. Una visita corta 176
22. Fuego y piedra 181
23. Una sensación como nunca antes 188
24. Una alianza improbable 192
25. La magia del agua 201
26. Escarabajos y hojas 206
27. El escondite del leprechaun 212
28. Un estanque lleno de dragones 222
29. ¿Quién teme a la oscuridad? 225
30. Buenas y malas noticias 231
31. Una piel nueva 236
32. El cebo 239
33. Ronda nocturna 247
34. Agujeros en la playa 253
35. En alta mar 259
36. El jinete del dragón 264
37. Un traidor experimentado 269
38. El rescate 281
39. De azul a rojo 292
40. Anacapa 302
41. Ocho 315
42. Un anillo de cobre 321



43. Bajo la arena 326
44. Un corazón malvado 334
45. ¡Hongo mohoso y clato rojo! 341
46. La representante de la tierra 348
47. Un simple pececillo pálido 355
48. No hay paz 364
49. De vuelta 370
50. Esperar 375
51. La llegada 381
52. Viejos amigos 387
- Epílogo 394
- Quién es quién 397







1 Una flor de plumas

En Nueva Zelanda, enero es un mes de verano, aunque la mañana era fresca, y Guinever Wiesengrund alcanzó a ver once elfos del rocío cuando siguió a su padre hasta la barca que los llevaría a la bahía. A los elfos del rocío les encantaba el tiempo fresco. Por supuesto, como todos los seres fabulosos, se habían camuflado bien, y Guinever estaba casi segura de que nadie más se había fijado en los diminutos elfos —ni los hombres que cargaban sus barcas en el muelle, ni los tres pescadores que, sentados juntos en el muelle de madera, dejaban balancear sus amarras en el agua—.

—Increíble. Es como si el mundo fuera más joven aquí —le susurró Guinever a su padre al oído—. Elfos del rocío, gaviotillos, jinetes del viento... ¡Nunca había visto tantos seres fabulosos a la vez!

—Y, una vez más, somos los únicos que nos fijamos en ellos —le respondió su padre—. ¿Cómo puede estar la gente tan ciega? —Echó un vistazo a los pescadores—. Probablemente los amigos fabulosos que nos acompañan hayan atraído a sus congéneres. —Guinever oyó voces que provenían

del pequeño maletín de madera que su padre portaba. Pero, antes de que pudiera preguntarle por sus moradores, Barnabas se detuvo delante de una barca cuyo nombre estaba pintado en azul sobre el casco blanco: Kaitiaki. Así se llamaban los guardianes sagrados de los mǎoríes—. Por cierto, tienes razón, querida —dijo Barnabas Wiesengrund antes de pisar el estrecho embarcadero—. El mundo en Nueva Zelanda es, en efecto, más joven. Por lo que sé, las dos islas fueron las últimas grandes masas de tierra en emerger del mar, y probablemente la gente no se asentó aquí hasta el año 900 después de Cristo. Además, Nueva Zelanda es el único lugar de la Tierra donde muchas de las aves autóctonas viajan a pie.

—Lo que ha resultado ser un hábito bastante mortífero. —El hombre que apareció detrás de la barandilla de la cubierta llevaba en el rostro los tatuajes tradicionales de los mǎoríes—. Nuestros pájaros no previeron cuántos depredadores llegarían un día en barco a estas islas en compañía de muchos hombres blancos.

Era un oso de hombre, y saludó a Barnabas con un abrazo tan fuerte que, por un instante, Guinever temió que pudiera partir a su larguirucho padre por la mitad.

—Guinever, ¿me permites presentarte a Kahurangi Ngata? —dijo Barnabas cuando el mǎorí, por fin, lo soltó—. Es el único ser humano que domina los dialectos de trece especies distintas de ballenas.

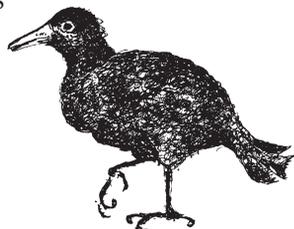
—Que fueron, de lejos, más fáciles de aprender que las tres lenguas de tortuga que hablo, por no hablar de los dialectos



de kiwis, que apenas puedo articular con mi plumiza lengua humana. —Kahurangi Ngata le tendió la mano a Guinever, una mano que estaba tatuada con líneas arremolinadas y patrones de hojas—. Es un placer conocerte, Guinever Wiesengrund, protectora de los últimos pegasos, amiga de las hadas del musgo y de las ondinas de río.

En su camiseta llevaba estampado un kiwi, el ave corredora más famosa de Nueva Zelanda. A Guinever le habría encantado ver uno, pero nunca se dejaban ver durante el día y eran conocidos por su timidez.

Guinever y Barnabas estaban, en realidad, de camino al Himalaya para visitar allí a su hermano Ben y a trece dragones recién nacidos. Hasta ese momento, Barnabas se había limitado a explicarle a su hija, de forma muy vaga, la escapada a Nueva Zelanda, pero Guinever estaba tan fascinada con toda la belleza que los rodeaba que no volvió a preguntar. Nueva Zelanda había sido siempre un lugar adonde ella había querido viajar. Sin embargo, cuando Kahurangi Ngata condujo la barca a través de un archipiélago de islas que surgieron de las aguas cristalinas como tortugas cubiertas de musgo, Guinever empezó a preguntarse cuál era el propósito de aquella excursión. En los últimos meses, los padres de Guinever habían hablado a menudo de comprar una granja en Nueva Zelanda, pues MÍMAMEIÐR, el refugio para seres fabulosos que habían construido en Noruega, apenas ofrecía, entretanto, espacio suficiente para todos los refugiados que acudían a ellos en busca de protección y seguridad. A muchos una nueva carretera o una presa los había dejado sin hogar. A otros los nuevos campos, la deforestación o las guerras humanas los habían expulsado de su hábitat. MÍMAMEIÐR ofrecía protección a todos, aunque



para algunos el norte de Noruega era demasiado frío. Por ese motivo, Guinever estaba segura de que la razón del rodeo que estaban haciendo en su viaje era buscar un segundo refugio. Sin embargo, cuando se lo dijo a su padre, Barnabas se limitó a murmurar:

—No, no, cariño, el lugar lo estableceremos en otra parte, corazón. Pero hay allí algo que necesito examinar brevemente.

«Algo que necesito examinar brevemente...».

El agua cristalina que los rodeaba rebosaba de seres fabulosos, en mayor medida aún que el pequeño puerto. Guinever alcanzó a ver incluso un caballito de mar verde, una criatura tan rara que, en circunstancias normales, su padre apenas habría podido contener la emoción al detectarlo, pero Barnabas se limitó a echar un vistazo a la diminuta criatura. Parecía ausente y preocupado, y bajó la voz cuando habló con su amigo māorí, un comportamiento que Guinever no había visto antes en sus padres. Por lo general, ni su padre ni su madre tenían secretos para sus hijos.

«Algo que necesito examinar brevemente...». ¿Por qué habían ido hasta allí? Aquel asunto resultaba cada vez más misterioso. Y Hothbrodd tampoco había querido desvelarle nada. El trol era, como siempre, su piloto (al fin y al cabo, también había construido el avión).

—¡Si tu padre no te lo ha contado, yo tampoco te lo voy a contar, Guinever Wiesengrund! —había refunfuñado el trol—. Y, si te sirve de consuelo, a mí tampoco me ha revelado gran cosa.

Dos peces voladores saltaron por encima de la barca. Sus jinetes, ondinillas diminutas, saludaron a Guinever con la mano. «¡Ben sentirá tanta envidia cuando le hable de este lugar!», pensó. «No, Guinever», se corrigió inclinándose aún más sobre la borda para no perderse nada, «tu hermano no

envidia a nadie en este momento. Probablemente tenga ahora mismo una cría de dragón en el regazo».

Tuvo que admitir que aquel pensamiento la comió de envidia por dentro. Por suerte, su padre le había prometido que, después de aquella escala, viajarían sin más rodeos al valle del Himalaya, donde los últimos dragones habían encontrado refugio de los humanos. Y, naturalmente, era más que justo que Ben fuera el primero en conocer a los chicos. Al fin y al cabo, él ayudó a los dragones a encontrar el valle. Y después... se convirtió en su hermano. «Tu hermano recogido», le pareció oír decir a Ben. Guinever lo echaba de menos, como siempre que pasaban demasiado tiempo separados. En esta ocasión, había pasado ya un mes entero desde que él se marchó a La Orilla del Cielo —así llamaban los dragones a su valle—.

Kahurangi frenó el motor y dejó que la corriente llevara la barca hacia la empinada orilla de una isla, que aún seguía envuelta en la bruma matinal. Junto al embarcadero de madera, un cartel indicaba que se trataba de una reserva ornitológica. Entre los árboles y en lo alto de los mismos, Guinever descubrió trampas para zarigüeyas y ratas. Las aves corredoras de Nueva Zelanda eran presas fáciles para los depredadores que los humanos habían llevado a aquellas islas.

—Creo que estamos todos de acuerdo en que no debemos permitir que las aves pedestres de Nueva Zelanda se extingan —murmuró Barnabas a Guinever cuando siguieron a Kahurangi por un sendero bordeado de árboles tropicales que ofrecía vistas al mar y a otras islas—. Pero ya sabes que tu madre y yo aborrecemos las trampas. Por ese motivo sugirió que nos trajéramos el maletín que has estado mirando todo el rato con tanta curiosidad. Veamos qué dice mi viejo amigo māorí al respecto. —Le guiñó un ojo a Guinever y se detuvo debajo de un árbol que, por lo que sabía Guinever, se trataba

de un kauri—. ¡Kahurangi! —le gritó Barnabas a su guía—. Te hemos traído un regalo. Espero que te guste.

Colocó el maletín sobre el suelo y lo abrió con cuidado. Kahurangi arrugó la frente cuando vio a las dos docenas de hombrecillos y mujercillas que se habían ocultado en su interior. Eran azules como acianos y apenas más altos que una lata de judías.

—¿Qué significa esto, Barnabas? —preguntó el māorí—. Sabes muy bien que no nos gusta nada que traigan a nuestras islas seres vivos que no son de aquí. Según nuestra experiencia, solo causan daño.

Los duendes lo miraron con semblante adusto cuando salieron trepando del maletín.

—Tú tampoco eres un habitante originario de estas islas, amigo mío —replicó Barnabas—. ¿Debo recordarte que es probable que los māoríes llegaran aquí hace menos de dos mil años? Estos son azulillos y creo que vuestros pájaros agradecerán tenerlos por aquí un tiempo.



—¡Las zarigüeyas les arrancarán la cabeza! —protestó Kahurangi.

Los azulillos estallaron en carcajadas.

Uno de ellos se giró hacia el maletín y lo tocó con el dedo. Zas, desapareció. Kahurangi miró incrédulo el lugar donde, un segundo antes, aún estaba. Después se inclinó hacia delante y, con la punta de los dedos, levantó un maletín tan pequeño como un grano de arroz.

—Eso es lo que harán con vuestros devorapájaros —dijo Barnabas—. Creo que, de este modo, vuestros pájaros tendrán más oportunidades contra las zarigüeyas.

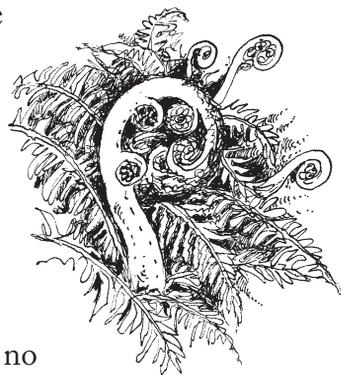
El māorí miró fijamente al duende.

—Los Wiesengrund han tenido siempre métodos muy especiales —murmuró.

—¡Eso espero! —dijo Barnabas—. Volveremos a por ellos en un mes. ¡Trátalos bien! ¡Están muy demandados! Pero ahora enseñanos para qué hemos venido.

El sendero terminaba en una plataforma de madera, que se elevaba sobre pilotes por encima de los altos helechos que solo crecen en Nueva Zelanda.

La plataforma ofrecía unas vistas mágicas al mar y a las demás islas. Miles de aves en bandada volaban en círculo sobre el agua azul turquesa: albatros, petreles, cormoranes, alcatraces y págalos... Guinever no intentó siquiera nombrarlos a todos. Fueron aterrizando sobre las olas, acumulándose hasta formar con sus cuerpos una figura que recordaba una flor, una gigantesca flor de plumas y picos.



—¿Y bien? ¿Te resulta familiar? —Kahurangi le tendió a Barnabas sus prismáticos—. Tienes que admitir que recuerda mucho a la historia que una vez nos ocupó tanto.

Barnabas apuntó con los prismáticos hacia las aves.

—¿Qué historia? —preguntó Guinever, pero Barnabas parecía haberse olvidado de que su hija estaba allí.

—Podría ser una mera coincidencia —murmuró—. Solo la creeré cuando suceda lo mismo en otros tres lugares.

—Lo sé. «Cuatro para anunciarla, cuatro para recibirla». —Kahurangi observó también las aves—. Pero ¿y si este es el cuarto anuncio? —Barnabas bajó los prismáticos—. «En tiempos de necesidad...» —continuó citando Kahurangi— «ella subirá...». Vivimos en esos tiempos, ¿no te parece?

Barnabas suspiró.

—Sí, desde luego —convino—. Pero ¿realmente ocurren esas cosas? Parece como una esperanza tonta —dijo apuntando con los prismáticos de nuevo hacia las aves—. No, es imposible —murmuró—. Nos hemos acostumbrado en exceso a perseguir sueños, Kahurangi.

—¿Podéis dejar de hablar en mi presencia con acertijos? —Guinever le propinó un codazo amistoso pero firme a su padre en el costado—. ¡Hasta las esfinges resultan más fáciles de entender que vosotros dos!

Una vez se encontró con una esfinge. Fue terriblemente agotadora.

—Lo siento, corazón. —Su padre le rodeó los hombros con el brazo—: Solo es una vieja historia de los māoríes. Kahurangi y yo dimos con ella cuando teníamos veintitantos años. Por aquel entonces nos fascinaban los monstruos marinos. Pero, como he dicho..., solo es una vieja historia, una de tantas.

Guinever se percató de la mirada de advertencia que su padre lanzó a Kahurangi, pero este solo tenía ojos para las

aves. Llegó otra bandada de gaviotas. El mundo parecía estar hecho únicamente de picos y plumas.

—Confiemos en que los dos seamos los únicos que recuerdan esa historia —dijo el māorí—, aunque ambos sabemos a quién le interesaría mucho también.

—Sí —respondió Barnabas—. Y la verdad es que me extrañaría que no se entere de lo que sucede aquí.

—No ha causado mucho daño desde que salvaste de él a la Serpiente del cielo. ¿Cuánto hace de eso? ¿Cuatro años? —dijo el māorí.

El padre de Guinever asintió con la cabeza y añadió con expresión era seria:

—No hubo daños, que sepamos.

—Espero que siga sintiendo su veneno —comentó Kahurangi.

—Tal vez.

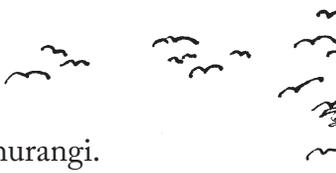
A veces Guinever perdía la paciencia con los adultos, incluso con su padre, a quien tanto quería. Por supuesto, él la vio fruncir el ceño. Siempre notaba si ella o Ben estaban enfadados con él. Era tan buen padre como protector de los seres fabulosos.

—Discúlpame, Kahurangi —dijo—, pero hemos de continuar. Aún hay cosas más importantes de las que debemos ocuparnos, ¿verdad?

Le guiñó un ojo a Guinever.

¡En efecto! ¿Cuántos centímetros crecían los dragones recién nacidos en un día? ¡Guinever ya se había perdido treinta días! Cuando su hermano se marchó a La Orilla del Cielo, ella cuidó, en Grecia, de un joven pegaso que se había desgarrado un músculo. Se trataba de Chara, uno de los potros que habían rescatado hacía casi dos meses.





Su padre le devolvió los prismáticos a Kahurangi.

—Aunque al final se demuestre que lo de aquí no son sino viejos recuerdos... gracias por haberme llamado. Pero ahora hemos de visitar a unas crías de dragones; de lo contrario, mi hija dejará de quererme.

Kahurangi suspiró hondo y volvió la espalda a las aves que volaban en círculo.

—¿Crías de dragones? —dijo—. Es una pena que me cueste tanto abandonar estas islas. En mi vida anterior debí de ser un helecho arborescente.

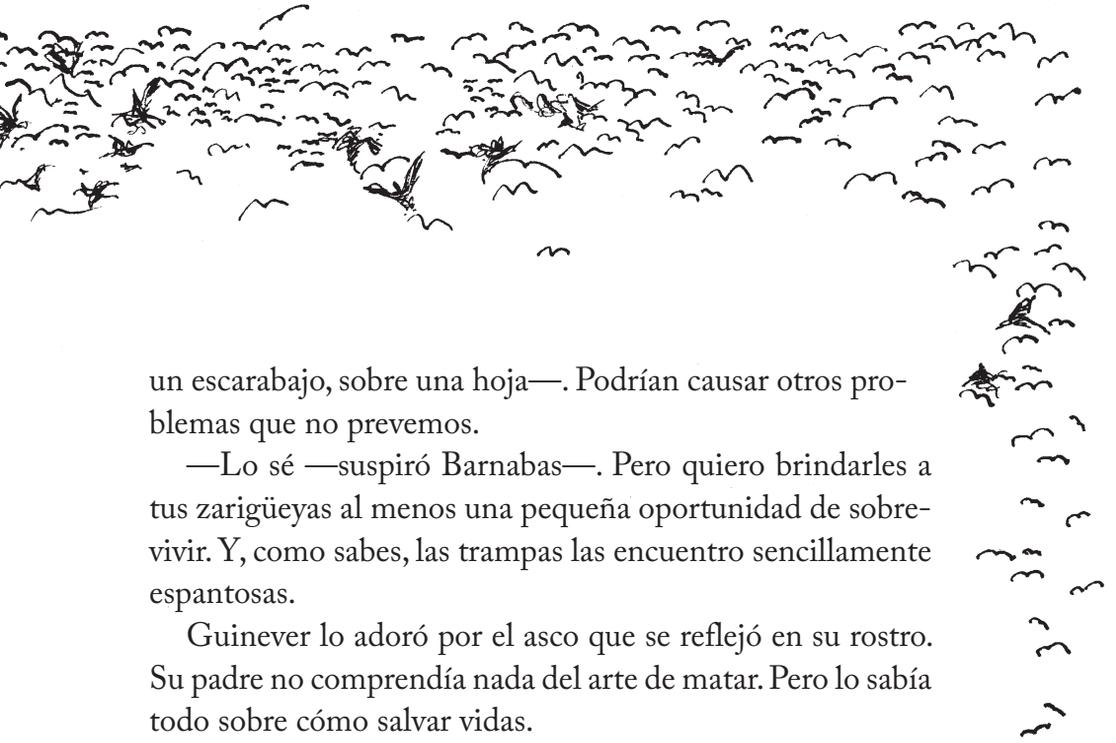
—Estoy casi seguro de que fuiste una iguana de tres ojos. —Rio Barnabas—. Pero me alegro de que, en esta vida, hayas adoptado forma humana. Por desgracia, es demasiado peligroso enviarte fotos de los dragones, incluso aunque lo hagamos a través de nuestra red FREEFAB. Son, por supuesto, nuestro secreto mejor guardado. Confiamos en que este mundo sea algún día un lugar donde los dragones puedan viajar en libertad y de manera segura. Estoy convencido de que les encantarían estas islas.

—Aún estamos muy lejos de un mundo así —respondió Kahurangi—. Quizá esta vieja historia se haga realidad con ese fin.

Regresaron a la barca en silencio. Guinever pensó en los dragones, aunque estaba segura de que Kahurangi y su padre tenían otras cosas en la cabeza. «No ha causado mucho daño desde que salvaste de él a la Serpiente del cielo». ¿De verdad quería saber de qué hablaban? No.

Ya podían ver el embarcadero, cuando, de pronto, Kahurangi se agachó y levantó algo. En su mano tatuada había una zarigüeya.

—Realmente no sé qué pensar de tus azulillos, Barnabas —dijo Kahurangi cuando dejó a la criatura, del tamaño de



un escarabajo, sobre una hoja—. Podrían causar otros problemas que no prevemos.

—Lo sé —suspiró Barnabas—. Pero quiero brindarles a tus zarigüeyas al menos una pequeña oportunidad de sobrevivir. Y, como sabes, las trampas las encuentro sencillamente espantosas.

Guinever lo adoró por el asco que se reflejó en su rostro. Su padre no comprendía nada del arte de matar. Pero lo sabía todo sobre cómo salvar vidas.

Cuando alcanzaron la barca, dos azulillos estaban sentados sobre el timón.

—Ni hablar, Barnabas —dijo uno de ellos—. En esta isla hay demasiados pájaros. Exigimos que nos llevéis de vuelta a MÍMAMEIÐR. O adonde quiera que os dirigís.

—¡Sí, sin discusión! —chistó el otro—. ¿Serpientes o mapaches? A cualquier hora. ¡Pero nada de pájaros!

Kahurangi miró divertido a Barnabas cuando levantó a los dos azulillos del timón y los dejó en las manos de Guinever.

—Bueno, entonces queda claro que Nueva Zelanda no es el lugar adecuado para vosotros dos —dijo—. Estamos muy orgullosos de nuestros pájaros.